HEBE Y LA AMENAZA INVISIBLE
Las extrañas aventuras de Hebe y Min

César Martínez

HEBE Y LA AMENAZA INVISIBLE

Las extrañas aventuras de Hebe y Min

César Martínez

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2021
© César Martínez, 2021

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-19197-19-1
IBIC: FF

A los amantes de la fantasía y la ciencia ficción
Y a los que buscan cosas nuevas

Si sólo lees los libros que todo el mundo está leyendo,
sólo puedes pensar lo que todo el mundo está pensando
Haruki Murakami

Un lector vive mil vidas antes de morir
El que nunca lee solo vive una
George R.R. Martin

Leamos y bailemos;
estas dos diversiones no harán ningún daño al mundo
Voltaire

1

Siendo honesta, aquello no me apetecía lo más mínimo, pero por desgracia no me quedaba otra opción.

Estaba ya harta de aguantar un día sí y otro también a mi madre, preguntándome cuándo iba a empezar a buscar trabajo. Y a mi padre recordándome una y otra vez la gran cantidad de amistades que tenía, y que podrían ayudarme a encontrar empleo. Lo que no me decía es que seguramente, más de uno querría algo a cambio, algo que no pensaba darle a ninguno de esos, o de cualquiera que no me saliera del conejo.

Nunca habían estado así de pesados desde que me pillaron con dieciséis años con un chico en la cama. Comprendo que no les hiciera gracia que me lo tirara en su casa pero, ¿dónde si no? El caso es que estuvieron un mes dándome la vara intentando saber a cuántos me había cepillado y cuántas veces, y a pesar de que les dije la verdad, que sólo lo había hecho en dos ocasiones, no me creyeron y siguieron así hasta que se cansaron. Pero realmente sólo había follado con dos tíos, ya que el masturbarme con mi mejor amiga eso no lo contaba porque entonces pasaría de la veintena de veces, si no de la treintena.

Pero volviendo a lo que decía, tras año y medio de acabar mis estudios, de oficial de comunicaciones, y viendo lo que había en casa me puse a buscar trabajo. Y tras nueve meses de búsqueda, y de paliza verbal por parte de mis viejos, conseguí un curro y no un bebé, gracias a Dios. ¿Por qué tardé tanto? Sencillo, porque no tenía experiencia y, con veinticuatro años, nadie quería darme mi primera oportunidad.

El mundo ahora es un asco. Sí, ya sé que siempre se ha dicho lo mismo pero ahora lo es más.

Desde hace casi doscientos años ya no existen los países como antes. El mundo está gobernado por seis grandes corporaciones que se reparten a sus anchas la población de: la Tierra, Marte, la Luna y las bases espaciales que rodean la Tierra y las *puertas estelares*, que no sé por qué las llamamos así, si no llevan a ninguna estrella, si no a otros lados del Universo, pero me imagino que será porque suena más bonito, y menos pomposo, que *puertas universales*.

Yo nací en la Corporación Central. No es su auténtico nombre, pero es como se la denomina comúnmente. La Corporación Central engloba actualmente la casi totalidad de la antigua Europa, a excepción de Gran Bretaña que forma parte de la Corporación del Norte y de Rusia que se sitúa en la Corporación del Este, y la base Selenne I, en la Luna.

De todas las corporaciones se podría decir que es la mejor, aunque no por mucho.

Como decía, después de un montón de tiempo, conseguí trabajo para la misma Corporación. Exactamente para su flota de naves de investigación. Eso sí, con un contrato de aprendizaje, lo que significaba cobrar un poco más de la mitad del salario de un oficial de escala básica. En definitiva, iba

a cobrar una miseria, pero desesperada por salir de casa lo acepté. Además, me serviría de experiencia y seguramente la próxima vez me harían un contrato de verdad, o por lo menos eso esperaba.

Pero ahora mientras caminaba por el muelle, en dirección a la lanzadera que me llevaría a la nave donde iba a empezar mi vida laboral, empezaba a arrepentirme.

***

Hacía un día que acababa de llegar a la *puerta*, después de una semana de viaje desde la Tierra.

El viaje había sido aburrido y cansino, sin nada que hacer, sin nada que ver. Así que sólo pensar lo que sería un año y medio de viaje me ponía los pelos de punta. Sobre todo porque la tripulación la íbamos a formar dos humanos y una docena de robots de diferente índole.

No tenía información acerca de lo que íbamos hacer durante tanto tiempo en el espacio profundo; pero teniendo en cuenta mi puesto de trabajo, vaticinaba horas y horas de puro aburrimiento.

Y lo que más me preocupaba era quién sería mi compañero de viaje. A fin de cuentas una chica de veinticuatro años tiene sus necesidades que por desgracia los robots no podrían solucionar.

Llegué por fin a la plataforma número dieciocho. Allí estaba la lanzadera, y junto a ella un hombre de edad indeterminada. Y digo de edad indeterminada porque todo su cuerpo era artificial, hasta su cabeza. No es que fuera desnudo, aunque ya me hubiese gustado, pero alguien que lleva una cabeza

sintética y los brazos también, por lógica el resto del cuerpo será igual.

Mediría un metro noventa, casi un gigante para mi metro sesenta y dos, de pelo negro muy corto, y ojos azules. Por la piel sintética de sus brazos y cabeza, pude deducir que tendría más de sesenta años. Su piel era de una versión antigua, aunque realizada con materiales inteligentes capaces de regenerar pequeñas cicatrices y heridas por sí sola, su textura se notaba artificiosa, como goma imitando piel.

Desde hace ya mucho tiempo son normales los trasplantes sintéticos, más baratos que los orgánicos y con menos problemas de rechazo, en caso de ser de un tercero y no de cultivo.

Es más, yo me cambié los ojos hace dos años. Para ello tuve que mentir a mis padres, pues ellos decían que era muy joven para eso, pero lo hice. Les convencí para que me prestaran unos créditos para comprar un ordenador nuevo y con ese dinero pagué la entrada para el trasplante.

Me cambié los ojos por unos biónicos, con los que puedo ver las longitudes de onda ultravioleta e infrarroja, hacer un zoom de hasta ocho aumentos y además elegir el color de estos, entre una gran variedad de matices. Una auténtica chulada. Y lo mejor de todo es que parecen naturales.

Y claro, una vez hecha la operación, no les quedó otra que pagar el resto.

Como decía, ese hombre podía ser mi padre, mi abuelo o hasta mi bisabuelo. A punto estuve de darme la vuelta, pero finalmente no lo hice, y la verdad que aún no sé por qué.

Se acercó hacia mí, y tras mirarme de arriba abajo, un par de veces, habló con una voz profunda y grave.

—¿La oficial Hebe?

—Sí, señor. —Y le tendí la mano.

—Un placer. —Me apretó con suavidad como si tuviera miedo a romperme—. Yo soy Min.

¿Min, quién demonios se llama Min?

—Curioso nombre —acerté a decir—. No lo había oído nunca. ¿Es un diminutivo?

—No, es así —respondió—. Cosa de mis padres, creo que debo ser la única persona en el universo que se llama así. Bienvenida a bordo, bienvenida a la Erebus.

—¿Erebus? —Hoy era el día de los nombres raros, aunque ese nombre no me era del todo desconocido.

—Sí, en un principio había pensado llamarlo Terror, pero luego me dije que sonaba demasiado impactante, y la llamé Erebus.

¿Erebus, Terror? No sé por qué aquello me dio mala espina. Y tuve la sensación de que iba a ser un viaje muy largo.

—¿Ese es todo tu equipaje? —preguntó, mirando hacia la mochila que llevaba a mi espalda.

—Sí, señor.

—Vamos a estar más de un año fuera, deberías haber traído más ropa.

—Se supone que el uniforme me lo da la empresa, aunque si quiere puedo trabajar desnuda —respondí, sin darme cuenta que mi interlocutor era también mi jefe.

—En la nave hay dos monos de cada talla —dijo, sin más, ignorando mi salida de tono.

—Con esos seis será suficiente, no se me da bien la costura, pero algo podré hacer con los que no me sirvan.

—Hecho entonces. —Y sin decir nada más, entró en la lanzadera, y yo como una niña desvalida, le seguí.

Quince minutos después atracamos en la pequeña zona de amarre de la Erebus.

Como ya sabía, se trataba de una nave de exploración e investigación, y por lo tanto de tamaño pequeña.

Tenía forma de huevo con las tres toberas separadas de ésta por sendos cilindros, de unos quince metros de largo.

La parte principal medía unos cuatrocientos metros, en su zona de mayor longitud, por doscientos de altura. Dicho así podría parecer enorme, pero si tenemos en cuenta el armazón, los dispositivos de seguridad, la zona de máquinas, el muelle de carga para las lanzaderas y las zonas de almacenaje de alimentación y material diverso, la zona de habitabilidad no era excesiva.

Una vez arribamos a la nave, Min me llevó hasta mi camarote. Para mi sorpresa no estaba nada mal. Tenía un buen tamaño y no faltaba de nada. Una cama, un armario con bastante capacidad, una pequeña nevera surtida, un baño con ducha, y frente a la cama una pantalla que servía de intercomunicador y de ordenador, pudiéndose controlar con la mirada, con el dedo si una estaba a menos de medio metro o mediante el asistente de la nave.

El asistente, cuyo nombre es SIC: Sistema Inteligente Computarizado, en cambio, deja un poco que desear. Sobre todo en lo que se refiere a su sentido del humor y a su habilidad para entender mis ironías y sarcasmos.

La nave dispone de dos ordenadores, uno cuántico que se encarga de todo lo referente a la navegación y seguridad de la nave, y otro tradicional para el resto de actividades. Tiene

diferentes sistemas de almacenaje: una memoria tradicional de cinco exabytes, y otra a base de cristales de tiempo, en la cual entre otras cosas habían instalado todo el Internet del siglo veinte, veintiuno y veintidós; lo cual me iba a venir muy bien para no aburrirme mientras durase la misión, ya que como os imagináis, en el espacio, conexión lo que se dice conexión, no hay mucha.

Una vez guardado mi pequeño equipaje, aproveché para darme un baño. Tras comprobar el sistema que la gravedad artificial estaba funcionando, pude disfrutar de una agradable ducha de agua caliente durante casi un cuarto de hora. Tenía que quitarme toda la suciedad y sudor que acumulaba, desde mi salida de la Tierra, que no era poco.

Mas, al terminar, me puse uno de los uniformes, un mono caqui, con la insignia de la Corporación en ambos brazos y el nombre de la nave, a la altura de mi pecho izquierdo. Hay que decir que era un mono para hombres y tuve que dejarlo sin cerrar del todo, porque me oprimía las tetas, por lo que me puse una camiseta blanca debajo. Aunque estuve tentada de no hacerlo, e ir enseñando el sujetador, pero me pareció demasiado radical. Aún no sabía de qué pie cojeaba el comandante Min.

Ya vestida con la ropa de trabajo, mi mente pareció empezar a asimilar la situación y tras un fuerte suspiro salí de mi camarote, para empezar a trabajar.

2

Min me esperaba en la sala de navegación. Una habitación de poco más de veinte metros cuadrados con monitores en todas las paredes y con una iluminación escasa, procedente del techo, excelente para matar de un infarto a cualquiera que sufriera de claustrofobia.

Y antes de nada hay que dejar una cosa clara, las naves espaciales grandes, que no entran en las atmósferas planetarias, no tienen ventanas, porque sencillamente no son necesarias. En las pelis queda muy bonito, pero realmente son innecesarias, además de contraproducentes. Aunque sí es cierto que por el casco, en algunos casos, hay distribuidas microcámaras por toda su superficie. Cámaras que se encuentran fusionadas al mismo casco y que suelen utilizarse principalmente para el control de daños en la nave. Pero dicha práctica se da cada vez menos, gracias a los materiales inteligentes con capacidad para corregir daños microscópicos que, curiosamente, son los más peligrosos.

—¿Todo bien? —preguntó más verme entrar.

—Sí, gracias.

—Me alegro. En cuatro horas tenemos el primer *salto*. ¿Estás preparada?

Tragué saliva y asentí con la cabeza, para que no notara que estaba mintiendo. Realmente no estaba preparada. Era mi primera vez, y era una de esas cosas que esperaba tener que repetir las menos veces posibles. Aunque ello implicase que me quedase navegando por el sistema solar exclusivamente.

Un *salto* no es una cosa sencilla, aunque por su nombre así lo parezca. Se trata de ir de una parte del universo a otra a través de un puente de Einstein-Rosen, conocido comúnmente como agujero de gusano.

Como en el espacio no los hay, o mejor dicho nadie los ha visto hasta ahora, las mentes sesudas de la Tierra han conseguido crearlos. Pero para ello, aparte de invertir millones de créditos, se necesitan cantidades inmensas de energía, que se obtienen a través de reactores de fusión nuclear. Por este motivo actualmente sólo hay cuatro *puertas*, que llevan a cuatro zonas del espacio profundo. Porque cada *puerta* lleva sólo a un punto concreto, no es un ascensor, es simplemente lo que dice su nombre un puente, o una puerta.

El problema de estos pasillos, y es una de las cosas que no me gustan, es su inestabilidad. De hecho, media hora antes de acceder a la *puerta*, de efectuar el *salto*, la nave toma el control de todas las acciones, mediante su sistema de inteligencia artificial y el ordenador cuántico, hasta media hora después de salir al otro lado, para que no haya ningún fallo en la trayectoria interior. Cualquier anomalía podría hacer que el agujero colapsara y se cerrase sobre sí mismo. Entonces la presión que se generaría sobre la nave sería tal, que la desintegraría,

literalmente hablando. Y eso la verdad no me haría ninguna gracia.

La otra cosa que no me gusta es tener que meterme en el *sarcófago*. No es que sea un ataúd, o algo parecido, pero da esa sensación.

Para la seguridad de las personas, estas han de introducirse en un mini habitáculo con forma de cama. Antes tienes que quitarte toda la ropa y ponerte un mono especial. La cama se tapará con una cubierta transparente. Ésta se llenará de un fluido protector, pero tranquilos llevaréis una mascarilla con oxígeno suficiente para unas tres horas, para cuidarnos de posibles desaceleraciones incontroladas y de las altas presiones que se producirán durante el trayecto. A su vez, la cama será cubierta por una especie de caja hermética, así como si fuera un pato y nosotros el relleno, para que lo entendáis. Ésta tiene como fin evitar todo tipo de radiaciones generadas por los reactores de las *puertas* y las producidas en el interior del puente.

En definitiva, es como si estuvieras enterrada en vida a dos metros bajo tierra, y eso a mí me da muy mal rollo.

Sí, ya sé que lo veo todo por el lado malo pero es lo que tiene la falta de motivación, y ganas de trabajar.

Min continuó hablando mientras mantenía la vista en uno de los paneles informativos, sobre índices de presiones en cada una de las secciones de la Erebus.

—Tendremos que *saltar* las cuatro *puertas*. —La verdad que este hombre sólo sabía dar «buenas noticias»—. Y después viajaremos unos cinco meses más hasta llegar a nuestro destino. Un planeta enano de nombre CM1970R.

—Bonito nombre. —No pude evitar el comentario sarcástico—. ¿Y ahí qué vamos a hacer?

—Nosotros nada, para eso están los robots que llevamos. Parece ser que hace medio año enviaron dos sondas para explorarlo y los resultados fueron bastante interesantes y ahora quieren realizar estudios más complejos para corroborar los datos de las naves.

—¿Puedo saber qué es lo que encontraron?

—Pues claro —y esbozó una sonrisa amortiguada, pero hermosa a pesar de su piel sintética—. Espainita, en cantidades inmensas. Y cuando hablo de inmensas, me refiero a miles de toneladas.

De ser verdad sería todo un espaldarazo para la Corporación, se convertiría en la más grande, en la primera potencia económica durante siglos.

La espainita es un mineral raro con unas propiedades asombrosas tanto como superconductor como para el uso en centrales de fusión avanzada. El gramo podría costar perfectamente los diez mil créditos, luego un kilo serían diez millones, y una tonelada…

—¿Nada más? —pregunté.

—Nada más. Sé que no es lo que esperabas, pero para una novata no está mal. Una misión donde poner en práctica la teoría aprendida, y darte cuenta que la mitad de tu conocimiento no vale para nada.

Le miré y me sonreí.

—No soy tonta, aunque sea joven. Sé perfectamente que la práctica lo es todo en nuestra profesión, y que lo más importante se aprende con los años.

—Y con los problemas. Vamos hacia el *panteón*.

Al oír esas palabras me dio un escalofrío por todo el cuerpo. *Panteón* es el nombre que se le da a la zona donde se ubican los *sarcófagos*.

Salimos de la sala de navegación y bajamos dos niveles. Al salir del ascensor accedimos a un pequeño cuarto y enfrente una puerta cerrada llevaba al *panteón*.

La sala era bastante espaciosa y en su interior había ocho *sarcófagos* abiertos. Alineados en dos filas de a cuatro. Según entramos, no pude evitar detenerme y contemplar la escena, era bastante tétrica.

De pronto sentí las manos de Min sobre mis hombros, se encontraba detrás de mí. Sentí como se agachaba y me susurraba al oído.

—Impone, ¿verdad? A todo el mundo le pasa la primera vez. Es un miedo irracional, algo instintivo. Es la lucha por la supervivencia. Asociamos entrar ahí como ser enterrados con vida.

Asentí sin decir nada, dejando que el bienestar que sus manos me producían impregnara todo mi cuerpo. Me gustaba sentir su delicada presión y su tacto artificial. Por un momento estuve tentada de acariciar mi mejilla derecha en su mano, pero me contuve.

—Pero no te preocupes —continuó—. Yo estaré aquí, además si hubiese algún problema el *sarcófago* se abriría sólo.

Me giré sobre mí misma, quedando frente a él, cabeza contra pecho, en el sentido literal de la palabra. Levanté la cabeza y le miré a los ojos.

—Gracias —dije—, la verdad que impresiona.

—Ya te digo. No te preocupes —y volvió a sonreír—. Ahora te explicaré cómo ponerte el mono. Primero debes